

El estudio de pintura

Usurpando espacio al trastero de la casa, su estudio está en la parte superior del edificio, con vistas a un par de estrellas, cielito lindo que a mí me tocas. Botes de acuarela, gessos, ceras, telas, acrílicos, aguarrás, marcos, pinceles, cuadros que quieren ser terminados y otros que gritan por contenido, espátulas, botellas, papeles, arenas, cuerdas, trozos de lo que sea haya estado juntando con su manía de recrear todo aquello que encuentra tirado, afán incansable de revivir lo descartado, conviven con armarios, librerías improvisadas, cajas de herramientas, viejas maletas, cajones, bolsas, colillas de cigarros, una absurda pajarera. Confusa mezcla entre lo que quiere llegar a ser y lo que ya casi no es.

Un tablero y una mesa destartada hacen las veces de caballetes, tan identificados con la confusión general como todo lo otro. Las paredes, el suelo, la mesa son el relato de otros cuadros, con sus salpicaduras de colores y sus pegotes de materia.

Dónde se esconde la magia, en que parte del caos emerge, triunfante, la sensibilidad en forma de plenitud. Verdes luminosos, agrestes, otoñales; rosas dulces, pegajosos, somnolientos; azules helados, aterciopelados, infinitos; rojos apasionados, juguetones, perdidos; amarillos delicados, cálidos, suaves; blancos, etéreos, distantes, borrosos; violetas primaverales, atrevidos, desmayados; naranjas indiscretos, profundos, saltarines; ocre terrenales, castellanos, difusos.

La creatividad parece rebelarse ante el espacio mínimo, busca su sitio, se sale de los límites físicos impuestos y se escapa de los cajones en forma de bocetos, óleos semiabiertos, ejemplo *einsteniano* en donde el espacio parece cada vez más pequeño pero el escaso tiempo del que dispone para dar rienda suelta a su vocación, se dilata. Se escapa también al pasillo, en murales sobre caballetes improvisados, a esas horas en que los vecinos casi no suben, y deja involuntariamente indicios de su invasión en manchas tímidas por el suelo. El pasillo, además, es la escala de perspectiva para poder mirar el proyecto, la obra, para poder mirarse y medirse en esa lucha contra el espacio en blanco.

El frío se cuele por la claraboya en invierno, el calor del techo derrite los sesos en verano, y sin embargo . . . En un rincón, contra una de las paredes, se esconden una catedral impaciente que espera ver sus torres en el río, una orquídea que no termina de comprenderse en los reflejos irregulares de una esterilla, engrudos albinos que quieren ser paisajes del alma y una tela, sucia de años, que aguarda pudorosa su rejuvenecimiento.

Entrar en el estudio es una tarea laberíntica para cualquier intruso. pero él se mueve con soltura, parece bailar, aunque tal vez sólo sean sus ojos y sus manos . . .

Cada tanto el espacio se alivia, salen hacia el exterior hijos pródigos de color y textura, embajadores de belleza, portadores de trozos de su alma, y es un gozo, una fiesta ante la maravilla siempre renovada de poder ver materializado lo que siente, de haber conseguido nuevamente plasmar su interior.

Cuando cierra la puerta del trastero, el mundo debería volver a su orden. Pero sus olores lo delatan, las moléculas se desparraman por el corredor, se cuelan por el ascensor y la escalera y lo inundan todo.